

Brian Aldiss

ESPACIO, TIEMPO Y NATANIEL



Catorce cuentos deliciosamente frescos y poéticos constituyen la colección más antigua del escritor de ciencia ficción británico. Entre estos elegantes cuentos tenemos: ¿Una chica que baila maravillosamente en un extraño tipo de extinción? ¿La conversación de un hombre con su hijo por nacer? ¿La paz de una noche de Cambridge interrumpida por un ejército de monstruos de Frankenstein? ¿El horror de una guerra con armas de ultrasonidos? Esta impresionante experiencia ejemplifica al hombre y sus hazañas industriales contra una fuerza mucho mayor: la Naturaleza.

A 548

*Con todo lo que esto significaba,
con todo lo que continúa significando.*

Introducción

Con frecuencia la introducción es la mejor parte de un libro, aunque no quiero garantizar que tal suceda en el presente caso. La lectura de introducciones constituye una ocupación por derecho propio; es extraño que nadie haya escrito sobre ella, analizándola e interpretándola «a la luz de los conocimientos actuales». Las introducciones sirven a muchos fines; pueden ser casi tan íntimas como un cenador en un jardín campestre, extenderse en alabanzas de la habilidad mecanográfica femenina, volcarse en agradecimiento a serviciales bibliotecarios, o por el alquiler de sillas de cubierta. O pueden ser también un atisbo más serio entre bastidores, una discusión de fuentes documentales, o un monólogo sobre los métodos empleados. Y, teniendo en cuenta que existen tantas variedades de introducciones como de libros, pueden ser cualquier otra cosa. Esta, por ejemplo, es cualquier otra cosa.

Algunos de los que ya hemos rebasado la treintena recordamos aquellos días en que en las reuniones respetables no se podía mencionar la Fantasía Científica. Ahora se la menciona. A pesar de que seguimos deplorando la existencia de reuniones cuya única recomendación consista en su respetabilidad, justo es reconocer que este cambio resulta agradable, pues nos da la sensación de que teníamos razón desde el principio. O, si no teníamos esa sensación, la menos jubilosa que se experimentaba cuando el fétido intruso que defendíamos conseguía convertirse en alguien y llegar a ser algo.

Este cambio sobrevenido en la consideración que merece la Fantasía Científica, ha provocado acaloradas e interesantes controversias. Han surgido dos corrientes de pensamiento opuesto, cuyos miembros se tiran pros y contras a la cabeza. De entre los rangos de los beligerantes han salido inquietos detractores, como J. B. Priestley, y espléndidos campeones como Edmund Crispin. Entre tanto, semejantes camilleros que corren entre ambos ejércitos, los escritores de Fantasía Científica continúan escribiendo tan debatido género. Y cuando aparecen a la luz publican sus colecciones de cuentos y novelas, lo hacen, muy adecuadamente, sin ir precedidas por algo tan provocador como es una introducción. Pero ahora yo, tirando a un lado mi camilla, me atrevo a embarcarme en una introducción.

«Audaces fortuna jubat» decían los romanos.

Después de haberse dicho cosas tan sutiles sobre la cuestión, sólo nos quedan los hechos evidentes, que muy posiblemente han sido pasados por alto. La Fantasía Científica es un campo abonado para la polémica. Vale la pena seguir este atisbo de algo innegable, pues la polémica no sólo prospera debido a la novedad de la Fantasía Científica..., es decir, en tanto cuanto puede hablarse de novedad; sino que continúa prosperando porque si bien la Fantasía Científica constituye al parecer un género, lo cual implica una conformidad a un modelo o tipo establecido, en realidad es un campo demasiado amplio para que pueda acogerse a una u otra categoría. ¡Los corsés del conformismo oprimen por todos lados! Aunque todavía joven y atractiva, la Fantasía Científica se convierte a pasos agigantados en algo capaz de abarcar todos los matices que resume aquello que a veces, con una expresión harto repelente, se denomina literatura «seria» o «gran literatura». Si el terreno es arable y fértil: con buen tiempo, puede plantarse en él lo que sea.

Por esta razón, a pesar de los ataques de los que es objeto, la Fantasía Científica continúa floreciendo. Todos

cuantos conocen la Fantasía Científica saben que los ataques que ésta sufre sólo alcanzan un pequeño sector de la misma. Se ha acusado sucesivamente a la Fantasía Científica de ser un ocioso fantasear, simples relatos de máquinas, fundamentalmente anticientíficos, demasiado científico, una imagen demasiado sombría del mundo, una imagen demasiado abigarrada del mundo, una literatura no lo bastante escapista, o un cuento de hadas modernos. ¿Dónde está la verdad? A veces en ninguna de estas cosas; con frecuencia, en todas ellas. En cuanto a la observación de que gran parte del contenido de la Fantasía Científica es «inverosímil», huelga comentario para semejante realismo. Todo, considerándolo fríamente, es inverosímil, de la estrella a la uña. Verosímil e inverosímil son la misma palabra.

Hará cosa de cuatro años, todo parecía indicar que la Fantasía Científica se iba a convertir en el reino de los *bestsellers*. Por primera vez en la Historia, aparecieron en Inglaterra libros encuadernados en tela que ostentaban simultáneamente los nombres de autores de Fantasía Científica y de editores hasta entonces tenidos por serios. Se inauguró una época de vacas gordas y a todos se nos subió el éxito a la cabeza. Como el número relativamente reducido de autores del género no podía atender todas las demandas, surgieron novelas que ostentaban la etiqueta de «Fantasía Científica» y que habían sido escritas por autores completamente indocumentados en el género. ¡A cuatro centavos por palabra y no hacemos preguntas fue la consigna del día! Más por desgracia, estas nuevas novelas no cumplían ninguna de las rigurosas leyes del género. Por consiguiente, el público sacó una idea errónea —o, tal vez, peor, nebulosa— de lo que pretendía ofrecerle la escuela auténtica de escritores de Fantasía Científica. Actualmente ha terminado ya la etapa del «todo sirve». Murió por consunción propia. Aquel auge repentino era un arma de doble filo. En muchos aspectos, el período actual es más interesante. (Por ejemplo, vuelve a ser posible leer toda la Fan-

tasía Científica que se publica; si esto es deseable, es algo que depende del gusto de cada uno). Parece como si este género literario, con alguna que otra excepción, entre las que se cuenta John Wyndham, se dirigiese sólo a satisfacer los gustos de una minoría, como la poesía, el caviar y la travesía navideña del puerto. Como la poesía: tal vez sea éste el mejor símbolo, pues la Fantasía Científica y la poesía tienen mucho de común. Ambas poseen una música insidiosa y sorprendente; ninguna de ellas resulta demasiado fácil de cultivar y de aprehender.

El hecho de que la poesía cuente con tan pocos lectores es materia para las tristes cavilaciones de los poetas; como dice el refrán, «los poetas nacen, no se pagan». En lo que se refiere a la Fantasía Científica, la respuesta es más evidente, aunque también sea aplicable a la poesía. Cada relato de Fantasía Científica exige algo de parte del lector, incluso las tramas baladíes que contiene este libro: una reorientación, un deseo, una aquiescencia a examinar el fragmento de un Xanadu^[1] ajeno. Esto no resulta cómodo para todos. Como es natural, las bibliotecas circulantes no se avienen a la idea.

Mi concepto de la Fantasía Científica como una especie de poesía no goza de mucha popularidad, lo reconozco, en algunos círculos de aficionados al género. Pero hasta el momento presente, la navegación interplanetaria, la telepatía y el resto del instrumental que empleamos no pasa de ser un sueño, pero... ¿ha existido jamás un sueño más tentador que el de la astronavegación? Estas cosas ganan más tratadas como símbolos que como hechos reales. Sólo algunos genios como James Blish y Hal Clement tienen suficiente maestría para utilizar la jerga científica de una manera convincente.

Vivimos en una época consciente de sí misma. La Ciencia, que es la investigación del hombre en su medio ambiente y en sí mismo, nos revela de continuo a nosotros mismos, y cuanto más claramente vemos la imagen, más

misteriosa nos parece. Existe un algo que llamamos «vida», una llama que, como el fuego olímpico, pasa de antorcha en antorcha y mientras la sostenemos nos permite examinarnos a su luz. Lo menos que podemos decir es que somos fantásticos. Conducimos automóviles, bebemos Horlicks, miramos por el microscopio. ¿Qué haremos mañana? Esta es la pregunta que se hace perpetuamente el escritor de Fantasía Científica; con su súper conciencia de sí mismo, ve cómo el futuro le hace burlonas muecas desde las encrucijadas del tiempo... y él intenta vengarse mirándole a su vez.

Una crítica que suele hacerse a la Fantasía Científica es la de que sus personajes no son reales. Esto es tan cierto y tan imposible de responder como aquellas quejas de que determinada pieza musical no contiene melodías reales. Se trata de un comentario bastante ingenuo, que elude el nudo de la cuestión, pues el verdadero propósito de la Fantasía Científica es otro. Su virtud consiste en presentar al hombre en relación con lo que le rodea: el hombre en otro planeta, el hombre en una época diferente, el hombre frente a la vida extraterrestre, el hombre ante uno de sus propios inventos. Aunque no de una manera absoluta, podemos afirmar que la Fantasía Científica es el único medio de que disponemos para ocuparnos del hombre como parte integrante del universo; en cambio, la novela ordinaria sólo puede representarnos como parte integrante de la sociedad humana. Esta es la justificación del término «Fantasía Científica»... que no es, tal vez, un término tan aborrecido como se ha pretendido que era.

Me doy cuenta de que esto suena de un modo desagradable. Acabo de exponer, desnudos, los esqueletos que todos llevamos con nosotros; de todos modos, la carne que los recubre puede ser muy tentadora. Y la Fantasía Científica, como cualquier adolescente, empieza a poseer un sentido del humor, lo cual es una señal muy saludable. Frederic Brown, William Tenn y John Wyndham (para no alargar la

lista) pueden ser considerados como humoristas de primer orden, «Prott», de Margaret St. Clair, es una joya de la tragicomedia; y algunos de los relatos que se incluyen en este volumen pueden considerarse humorísticos. Esto quiere decir que la Fantasía Científica no sólo trata de la dignidad del hombre, sino también de sus indignidades.

Pero los dos ejércitos que antes he citado siguen en pie de guerra: he de correr en busca de mi camilla.

Abril de 1956.

ESPACIO

T

T, 1956

Cuando T cumplió diez años su máquina ya se hallaba en los confines de la Galaxia. T no era su nombre —nunca pasó por las mentes del laboratorio la idea de bautizarle— sino el símbolo que figuraba en el casco de su máquina y como nombre era más que suficiente. Además, tampoco era su máquina; era más bien él quien pertenecía a ella. No podía alegar que desempeñaba el honorable papel de piloto, ni siquiera el más humilde de pasajero; era un instrumento cuyos segundos de utilidad estaban a doscientos años en el futuro.

Yacía como un gusano en el corazón de una manzana en el mismo centro de la máquina, mientras ésta atravesaba rauda el espacio y el tiempo. Permanecía inmóvil; no se le presentaba el impulso de moverse, ni hubiera podido obedecerlo de habersele presentado. En realidad, T había sido creado sin piernas... su único miembro era un brazo. Además, la máquina le rodeaba estrechamente por todos lados. Lo alimentaba mediante tubos que introducían en su cuerpo una fina corriente de vitaminas y proteínas. Hacía circular su sangre gracias a un diminuto motor que palpataba en el mamparo de estribor como un corazón. Expulsaba sus productos residuales mediante un sifón que funcionaba continuamente. Producía su provisión de oxígeno. Regulaba de tal modo a T, que éste no crecía ni envejecía. Gracias a ello, seguiría vivo dentro de doscientos años.

A cambio, T tenía que realizar una misión. Sus oídos oían constantemente un zumbido invariable y ante sus ojos sin párpados había una pantalla sobre la cual una banda rojo oscuro bajaba constantemente siguiendo una línea verde fija. El zumbido representaba (aunque no para T) una dirección a través del espacio, mientras que la banda roja indicaba (aunque no para T) una dirección en el tiempo. De vez en cuando, tal vez cada década, el zumbido variaba su intensidad o la banda se apartaba de la línea verde. Estas variaciones se grababan en la conciencia de T como agudas incomodidades y entonces él ajustaba con su mano una de las dos ruedecillas, hasta que las condiciones volvían a ser normales y se continuaba aquel constante temor de monotonía.

Aunque T se percataba de su propia existencia, la soledad era uno de aquellos innumerables conceptos que sus creadores habían dispuesto que no sintiese jamás. Permanecía pasivo, lleno de un contento artificial. Su tiempo no estaba dividido por el día y la noche, el sueño y la vigilia o las comidas a horas fijas, sino por el silencio y el habla.

Una parte de la máquina le hablaba a intervalos fijados; eran unos breves monólogos sobre el deber y la recompensa, o instrucciones acerca del funcionamiento de un aparato cuyos servicios se requerirían dentro de dos siglos. La voz que hablaba presentaba a T una imagen cuidadosamente falseada de su medio ambiente. No aludía en absoluto a la noche intergaláctica que reinaba en el exterior, ni al rápido paso del tiempo. La idea de movimiento no era un factor que viniese a turbar la vida enclaustrado de un ser como T. Pero la voz se refería a los Koax, en términos reverentes, para hablar también —pero con palabras rebosantes de odio— de aquel enemigo inevitable de los Koax que, se llamaba Hombre. La máquina informaba a T de que de él dependería la completa destrucción del Hombre.

T estaba completamente solo, pero la máquina que le transportaba iba acompañada en su viaje. Otras once má-

quinas idénticas —cada una de las cuales contenía un ser semejante a T— cruzaban el espacio sideral. Aquel espacio estaba vacío y sin luz, y su relación con el universo era la misma que tiene un pliegue en un vestido de seda respecto al vestido; cuando los lados del pliegue se tocan, la tela forma un túnel en el interior del vestido. O, si lo deseamos, podemos compararlo al carácter negativo de la raíz cuadrada de menos dos, que posee un valor positivo. Era un vacío dentro de un vacío. Las máquinas no podían ser detectadas mientras atravesaban las tinieblas eternas como si fuesen luz, hundiéndose entre los milenios en reposo como si fuesen piedras.

Las doce máquinas fueron construidas para un caso de peligro por una raza no humana y tan antigua, que había abandonado la construcción de otras clases de maquinaria hacía incontables siglos. Habían progresado hasta tal punto, que ya no necesitaban ayudas materiales... ni cuerpos sólidos, e incluso ni planetas a los que asociar sus tenues seres. En su espléndida madurez, habían terminado por llamarse únicamente por el nombre de su Galaxia, Koax. En aquella segura isla formada por millones de estrellas ellos se movían y existían, meditando sobre el inminente fin del universo. Pero mientras ellos permanecían sumidos en sus meditaciones, otra especie, en una Galaxia más allá de toda distancia concebible, alcanzó la edad adulta.

La nueva especie a diferencia de los Koax, era extravertida y belicosa; se desparramó entre las estrellas como una explosión.

Se llamaba el Hombre. Llegó un tiempo en que esta raza, que provenía de un cuerpo celeste infinitesimal, se multiplicó y llenó su propia Galaxia.

Durante un tiempo detuvo su expansión, como si quisiera tomar aliento, el salto interestelar no puede compararse con el salto entre las grandes estrellas..., pero entonces se formularon las ecuaciones de tiempo/espacio y el Hombre se dirigió a la Galaxia más próxima armado con la más terri-

ble de todas las armas: la Estasis. Aquella atrevida raza descubrió que la relación temporal masa/energía que regula el funcionamiento del universo, podía trastocarse en alguna de las Galaxias menos pobladas de estrellas, impidiendo su revolución orbital, lo cual causaría, virtualmente, la fijación del factor temporal o Estasis, a consecuencia de la cual todos los seres afectados dejan de seguir la corriente temporal del universo, cesando por lo tanto de existir. Pero el Hombre no tuvo necesidad de emplear esta arma aniquiladora, pues mientras saltaba de una galaxia a otra gracias a su subproducto, la propulsión estática, no encontró en ninguna de ellas rivales ni aliados. Parecía hallarse destinado a ser el único ocupante del universo. Los innumerables planetas que visitó le revelaron únicamente que la vida era un accidente fortuito. Y entonces llegó a la galaxia de los Koax.

Los Koax conocían la existencia del hombre antes de que este se enterase de la de aquellos, y su substancia material se estremeció al pensar que pronto se vería rasgada por las atronadoras naves de la Flota Suprema. Actuaron con prontitud. Materializándose en una enana negra, un grupo de sus mejores mentes se dispuso a combatir al invasor con todos sus recursos. Podían hacer algunas cosas muy útiles; no era la menor de ellas la capacidad de alterar y decidir el curso de soles y astros. De este modo, nova tras nova estalló en el centro de la Flota Suprema. Pero el Hombre prosiguió invencible su carrera, lanzándose entre los Koax como un cataclismo. De una pequeña tribu asustada formada por unos cuantos centenares de individuos que vagaban por una tierra hostil, se convirtió en una ilimitada multitud que señoreaba las estrellas. Pero mientras los Koax destruían nave tras otra, el Hombre decidió eliminar su nido mediante la Estasis y al punto se iniciaron los preparativos. Las fuerzas del Hombre se reunieron para lanzar el golpe decisivo con toda su fuerza.

Por desgracia, una nave-biblioteca de la Flota cayó intacta en poder de los Koax, y gracias a ella éstos descubrie-

ron ciertos detalles de la larga y confusa historia del Hombre. Incluso apresaron un plano del sistema solar tal como era cuando el Hombre se enteró de su existencia. Por primera vez, los Koax conocieron al Sol y su cortejo de astros. En aquella época el Sol, en el otro extremo del universo, se había convertido en un pedazo de escoria que emitía una débil radiación y cuyo diámetro era el doble del sistema planetario que en tiempos remotísimos giró a su alrededor. A medida que envejecía y se expansionaba, fue absorbiendo los planetas; en la actualidad incluso Plutón había caído para alimentar aquel horno moribundo. Por último, los Koax consiguieron elaborar un plan que les permitiría librarse para siempre de sus enemigos. Como éstos no podían luchar en el presente contra los inagotables recursos del Hombre, elaboraron un plan maquiavélico para atacarle en el remoto pasado, cuando ni siquiera existía. Construirían una docena de máquinas que se deslizarían a través del tiempo y el espacio para aniquilar a la Tierra antes de la aparición del Hombre sobre ella; los proyectiles la alcanzarían, según quedó decidido, durante el Período Silúrico y reducirían el planeta a sus átomos componentes. Así nació T.

—Los venceremos —declaró uno de los Koax más ilustres en tono de triunfo, cuando los proyectiles partieron—. Si las antiguas crónicas terrestres no mienten (y no hay razón para creer que mientan), en los tiempos primitivos el Sol tenía a nueve planetas girando a su alrededor, antes de que empezase a envejecer. De fuera a dentro, por el orden lógico, estos planetas eran (tengo sus nombres aquí, gracias al sentimentalismo del Hombre) Plutón, Neptuno, Urano, Saturno. Júpiter, Marte, Tierra, Venus y Mercurio. La Tierra, como podéis ver, es el séptimo planeta por este orden, o el tercero que fue devorado por el Sol en su vejez. Este es nuestro objetivo, hermanos; una mota perdida en las profundidades del tiempo y del espacio. Procurad que